

antorcha cuya luz se esparcía a lo lejos en los aires, iluminaba el fondo de las aguas y penetraba en las entrañas de la tierra.

— «¿Qué representa—pregunté a Platón—esta figura gigantesca que viene hacia nosotros?»

— «La experiencia—me respondió—. Huyamos—añadió,—porque este edificio sólo durará un momento.

» Dichas esas palabras corrió; le seguí; llegó el coloso; tocó el pórtico, y se desplomó con espantoso estrépito.

» Entonces desperté.»

Así cayó el «pórtico de hipótesis», palacio de «esa maldita metafísica que ha hecho tantos locos.»

Como agnóstico, Diderot no es menos antimetafísico en su ética que en su filosofía. He aquí como termina su tratado *De la interpretación de la Naturaleza*:

«¡Oh Dios! yo no sé si existes; pero pensaré como si vieras en mi alma, obraré como si estuviera delante de tí... Nada te pido en este mundo, porque el curso de las cosas es necesario por sí mismo si no existes, o por tu decreto si existes. Espero un premio en el otro mundo, si le hay, aunque todo lo que hago en éste lo haga para mí. Si sigo el bien, es sin esfuerzo; si dejo el mal, lo hago sin pensar en tí... Heme aquí tal como soy, porción necesariamente organizada de una materia eterna y necesaria o quizá obra de tu poder».

He aquí su ideal moral, breve y lapidariamente formulado: «Buscad la felicidad haciendo el bien, ejercitándoos en el conocimiento de la verdad, teniendo siempre ante los ojos que no hay más que una sola virtud, la justicia; que un solo deber, ser dichoso; un solo corolario, no dificultar la vida, no temer la muerte».

Y en efecto, Diderot murió como filósofo y hombre de bien. El cura de San Sulpicio tuvo la ambición de unir la conquista del creador de la *Enciclopedia* a la conversión de Voltaire. Insistió, sobre todo, mucho para obtener

una retractación: «Eso—decía—hará gran efecto en el mundo.» «Sí—respondió Diderot;—pero convenga Ud. en que sería una impudente mentira.»

D' Alembert, proclamando con su época sensualista que «el amor ilustrado de nosotros mismos es el principio de todos los sacrificios», insiste sobre la simpatía considerada como base de la moral: «La virtud—decía—será tanto más pura cuanto más impregnada esté del amor universal de la humanidad.»

Helvecio, por el contrario, el hombre bienhechor entre todos, el filósofo magnánimo que decía de su detractor Marivaux: «¡Ah pícaro! Si no le pensionara con 2.000 francos anuales, le pondría en el lugar que le corresponde; pero eso, en nuestra situación recíproca, le molestaría;» Helvecio, repito, insiste sobre el carácter egoísta de la simpatía y desarrolla el simplismo sensualista absoluto. He aquí su argumentación:

— «La sensibilidad física produce nuestras ideas, o lo que es lo mismo, nuestras ideas nos vienen por los sentidos.

» El deseo de nuestra felicidad basta para conducirnos a la virtud.

» Con buenas leyes se hace a los hombres virtuosos.

» El dolor y el placer hacen pensar y obrar a los hombres.

» Se ha de tratar la moral como las otras ciencias, y ha de hacerse una moral como se hace una física experimental.

» A la diferente manera con que se modifica el deseo de la felicidad se deben los vicios y las virtudes.

» Los hombres no son malos; están sometidos a sus intereses.

» Las acciones virtuosas son las acciones útiles al público.

» El amor es el más vivo de todos los placeres de los sentidos.

«Quejémonos menos de la maldad de los hombres que de la ignorancia de los legisladores, quienes siempre han puesto el interés particular en oposición al interés general».

Con Hobbes y La Rochefoucauld,